

ANHELOS DE COMPROMISO

DIAGNÓSTICO Y APUNTES PARA UNA TERAPÉUTICA DEL HOMBRE DESLIGADO

Por Juan Cianciardo¹

La palabra compromiso es políticamente incorrecta y ha sido progresivamente expulsada de nuestro discurso cotidiano. Un buen reflejo de esto último lo podemos encontrar en el arte. En el cine es ya un lugar común de los guiones hollywoodenses de consumo masivo que el personaje central sea un aventurero con buena estampa de entre treinta y cinco y cuarenta años acompañado por una joven de muy buen ver que es potencialmente su novia. En algún momento de la película, entre tiros y corridas de autos, el héroe se cruzará con un antiguo compañero de colegio o de universidad. Este segundo personaje está siempre notoriamente excedido de peso y tiene una cara de agotamiento evidente, que lo hace parecer mucho mayor que el protagonista. La “explicación” (entre comillas) de una y otra cosa se encuentra a su alrededor: una mujer (su mujer) gritona y descuidada, y un par de hijos que exigen una dedicación inhumana. El error vital que lo ha conducido a una realidad tan poco convocante para el espectador fue el de formar una familia. Si no se hubiera comprometido con alguien podría también ahora, como había hecho en su adolescencia, acompañar a la estrella en su raid aventurero y amoroso.

Un reflejo semejante se puede encontrar en la literatura. Si bien en este campo es infrecuente que la oposición entre modelos sea tan burda como en el cine, lo cierto es que también aquí la formación de vínculos estables es presentada de modo negativo, con herramientas más dúctiles y, por eso, con consecuencias más hondas. Por tomar un ejemplo, Juan Ranz, el protagonista de la novela “Corazón tan blanco”, de Javier Marías, nos confiesa lo siguiente:

“(…) cuando me casé, durante el mismo viaje de bodas (fuimos a Miami, a Nueva Orleans y a México, y luego a La Habana), tuve dos sensaciones desagradables, y aún me pregunto si la segunda fue y es sólo una fantasía, inventada o hallada para paliar la primera, o para combatirla. Ese primer malestar es el que ya he mencionado, el que, por lo que uno oye, y por el tipo de bromas que se gastan a los que van a casarse, y por los muchos refranes negativistas que al respecto hay en mi lengua, debe ser común a todos los desposados (sobre todo a los hombres) en ese inicio de algo que incomprensiblemente se ve y se vive como el fin de ese algo. Ese malestar se resume en una frase muy aterradora, e ignoro qué harán los demás para sobreponerse a ella: ‘¿y ahora qué?’. Ese *cambio de estado*, como la

¹ Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Austral e investigador del CONICET.

enfermedad, es incalculable y lo interrumpe todo, o al menos no permite que nada siga como hasta entonces (...).”.

Es posible encontrar en el arte, en definitiva, reflejos contundentes y nítidos de un aspecto de la época que transitamos, consistente en la identificación de todo compromiso con los demás con la represión de impulsos vitales legítimos; repitiendo lo que Marías hace decir a su personaje, la asunción de responsabilidades con los otros no es presentada como una “enfermedad” trágica, de diagnóstico complejo y terapéutica incierta. Vitalidad y autenticidad son asimiladas con la mera posibilidad de elegir, posibilidad que es percibida como un fin en sí misma. Cualquier elección es presentada como frustración porque lo único que tiene verdaderamente sentido es —sólo y siempre— ser elector. Poseer la capacidad de elegir es lo mejor que puede ocurrirle a alguien, con la única condición de que nunca elija nada.

Este deterioro de la idea de compromiso —la licitud de cualquier cambio de la voluntad, cualquiera sea su contenido, la inocencia del devenir—, se manifiesta paradigmáticamente en el pensamiento de Nietzsche. Como afirma el pensador español Jesús Ballesteros, su insistencia en la primacía del arte frente a la verdad, y, como consecuencia de ello, su propuesta de una ética del “olvido y del juego”, que encarna en lo que él llama simbólicamente “el niño”, lo conduce a proponer la exaltación de todo lo que hasta entonces había sido según él más aborrecido y temido: lo fugaz, lo transitorio, lo instantáneo, lo no duradero. “Por ello ve precisamente en la creación del hombre como un ser capaz de prometer, la mayor de las represiones, el fruto de la única verdadera violencia”.

Visto esto mismo desde la perspectiva que proporciona la relación del ser humano con el tiempo, con su condición de mortal, la actitud típicamente contemporánea es el instanteísmo: el hombre de hoy no se encuentra obligado con su pasado ni con su futuro, se considera libre respecto de todo lo que no sea el instante presente. Esto producirá diversas consecuencias: desprecio radical de todo el pensamiento anterior; despreocupación por el futuro del mundo; uso abusivo de la naturaleza. Y sobre todo, será una de las claves para comprender la tristeza profunda del hombre moderno, porque la realización humana implica la fortificación de los lazos que unen al pasado con el presente y con el porvenir. Un hombre que vive apegado al presente es un hombre desorientado (porque prescinde de la orientación que proviene del pasado, carece de memoria) y sin expectativas, sin proyectos (porque su cerrazón al futuro le impide toda conexión con su connatural trascendentalidad), como tan bien expresó Hugo Mujica en su poesía “Nieves al viento”:

«Copos de nieve al viento,
caen desde su ahora,
caen sobre su aquí.

Cuando no hay ayer, cuando
hoy es olvido,
no hay con qué imaginar mañanas:
hay sólo lo que siempre hay,
hay este estar naciendo».

En mi opinión, también en la pintura se refleja esta situación. Por un lado, se expresa la perplejidad que genera en nosotros la contemporánea deconstrucción de nuestra identidad, que disocia hasta tornar incomprensible individualidad y sociabilidad, como se observa en el acrílico “Rompecabezas” (1968), de Jorge de la Vega, y, por otro lado, manifiesta la desolación que se sigue de ello, como creo adivinar en una de las tres versiones de la serie “Siete últimas canciones” (1986), de Guillermo Kuitca. En el primero de los cuadros mencionados se muestran cuatro rostros desesperados que miran hacia lugares distintos, como buscándose sin encontrarse, separados los unos de los otros por líneas gruesas que obstruyen esa comunicación que parecen anhelar. En la obra de Kuitca, en cambio, asoma un hombre solitario en el desamparo de una habitación inmensa, con los brazos caídos, transmitiendo al observador una angustia densa y aterradora, portando sobre sus hombros la desgracia de no tener otra cosa que la riqueza material que lo rodea.

Se ponen de manifiesto de este modo otros de los efectos del planteamiento vital que vengo criticando. La anulación de todo compromiso conduce a que rija lo que Freud ha denominado —desde su obra *Más allá del principio del placer*— “imperio del principio de autodestrucción”. Es que el hombre sólo se plenifica en el tiempo, mediante un despliegue progresivo de todas sus potencias. Apegado al presente y desligado de todo compromiso pierde la perspectiva de la realidad y, así, se torna incapaz de comprenderla y, más aun, de amarla. Esto también fue puesto de relieve por Kierkegaard, que por eso propuso como modelo de persona al hombre casado, frente al Don Juan, que encarna el esteticismo. En su filosofía, temporalidad es fidelidad: “tú debes amar. Solamente cuando amar sea un deber estará el amor eternamente protegido contra todo cambio; eternamente liberado en su feliz independencia; dichosamente asegurado, por toda la eternidad, contra la desesperación”.

Para salir de esta situación debemos afrontar y sortear un desafío: el de aprender a amar. Porque como ha señalado Pedro Serna, se trata, en el fondo, de eso: no hemos aprendido a amar, a buscar la autorrealización, la propia felicidad, a través de la entrega de sí, de la apertura al otro, que dejaría entonces de ser simplemente otro para transformarse ante todo en un tú. Aunque nuestra voluntad se encuentre incómoda en el amor de donación, en el sacrificio, aunque prefiera el cálculo, el *do ut des*, lo cierto es que sólo el amor incondicionado puede superar la soledad, proporcionar la seguridad, la conciencia de ser querido por uno mismo, sin cláusulas de revisión, cualesquiera que

sean las circunstancias. Lo único que puede devolvernos el paraíso perdido que los hombres de comienzos de siglo andamos buscando dramáticamente es el amor incondicional, el amor que no rehúye el sacrificio, que se refuerza justo en los momentos de debilidad, en las dificultades, y que se mira a sí mismo en el horizonte de la vida y de la muerte. (Un amor que no aspire a proyectarse sobre la muerte misma es necesariamente un amor auto-condicionado, es decir, un amor que busca en el otro el cumplimiento de alguna aspiración o la satisfacción de una necesidad, física, material o psicológica).

La forma arquetípica de ese amor es la de un compromiso de entrega y donación plena y total entre el varón y la mujer, es decir, un matrimonio. Un matrimonio que funda una familia. Siguiendo nuevamente a Serna, “sólo una familia así fundada puede enseñar al hombre a amar de veras. Esa familia y ese modo de entender el matrimonio coinciden con la milenaria propuesta cristiana que veía en ellos el lugar natural del hombre, el mejor lugar para nacer y para morir”.